

MARTINA.- ¡Que seas tú realmente el que te quejes de este negocio! ¿No debías estar en todo momento dando gracias al Cielo de tenerme por esposa? ¿Y merecías casarte con una persona como yo?

SGANARELLE.- Verdad es que me hiciste demasiado honor y que tuve ocasión de alabarme la noche de bodas. ¡Eh, par-diez! No me hagas hablar de eso. Pues diría ciertas cosas.

MARTINA.- ¿Qué? ¿Qué dirías?

SGANARELLE.- ¡Basta! Dejemos ese capítulo. Es suficiente con que sepamos lo que sabemos y que fuiste muy dichosa en encontrarme.

MARTINA.- ¿A qué llamas tú ser muy dichosa en encontrarte? ¡Un hombre que me condena al hospital, un libertino, un traidor que se come todo cuanto tengo!

SGANARELLE.- Mientes; me bebo una parte.

MARTINA.- ¡Que me vende, prenda a prenda todo lo que hay en casa!

SGANARELLE.- Eso es ser casero.

MARTINA.- ¡Que me ha quitado hasta la cama que tenía!

SGANARELLE.- Así te levantarás más temprano.

MARTINA.- ¡Que no me deja, en fin, un solo mueble en toda la casa!

SGANARELLE.- Así puede uno mudarse con más facilidad.

MARTINA.- ¡Y que desde que amanece hasta que anochece no hace más que jugar y beber!

SGANARELLE.- Es para no aburrirme.

MARTINA.- ¿Y qué quieres que haga yo con mi familia entre

tanto?

SGANARELLE.- Todo cuanto te plazca.

MARTINA.- Tengo cuatro niñitos encima.

SGANARELLE.- Déjalos en el suelo.

MARTINA.- Que me piden pan sin cesar.

SGANARELLE.- Dales azotes. Cuando he bebido y he comido bien quiero que esté todo el mundo harto en mi casa.

MARTINA.- ¿Y pretendes, borracho, que las cosas sigan siempre igual?

SGANARELLE.- Mujer, vayamos despacio, si os place.

MARTINA.- ¿Que soporte eternamente tus insolencias y tus excesos?

SGANARELLE.- No nos acaloremos, esposa.

MARTINA.- ¿Y que no sepa yo encontrar manera de restituirte a tu deber?

SGANARELLE.- Esposa, ya sabéis que no tengo un alma sufrida y que mi brazo es bastante sólido.

MARTINA.- Me burlo de tus amenazas.

SGANARELLE.- Mujercita mía, amiga, os pica la piel de ordinario.

MARTINA.- Ya te demostraré que no te tengo el menor miedo.

SGANARELLE.- Mi cara mitad, tenéis ganas de robarme algo.

MARTINA.- ¿Crees que me espantan tus palabras?

SGANARELLE.- Dulce objeto de mis ansias, te arrancaré las orejas.

MARTINA.- ¡So borracho!

SGANARELLE.- Os zurraré.

MARTINA.- ¡So pellejo!

SGANARELLE.- Os cascaré.

MARTINA.- ¡Infame!

SGANARELLE.- Os daré una felpa.

MARTINA.- ¡Traidor, insolente, mentiroso, cobarde, bergante, bigardo, andrajoso, bribón, belitre, pícaro, ladrón!

SGANARELLE.- ¡Ah! ¿Queréis verlo? (Sganarelle coge un palo y golpea a su mujer).

MARTINA.- (Gritando) ¡Ay, ay, ay!

SGANARELLE.- Este es el mejor medio de apaciguaros.

## ESCENA II.

SR. ROBERTO, SGANARELLE Y MARTINA.

SEÑOR ROBERTO.- ¡Hola, hola, hola! ¡Ea! ¿Qué es esto? ¡Qué infamia! ¡Mal haya el bribón que pega así a su mujer!

MARTINA.- (Al señor Roberto, con los brazos en jarras, haciéndole retroceder al hablar y dándole, por último, un bofetón). Pero ¡si yo quiero que me pegue!

SEÑOR ROBERTO.- ¡Ah! Entonces, accedo a ello gustoso.

MARTINA.- ¿Por qué os mezcláis con esto?

SEÑOR ROBERTO.- He hecho mal.

MARTINA.- ¿Es un asunto vuestro?

SEÑOR ROBERTO.- Tenéis razón.

MARTINA.- ¡Vaya con el impertinente, que quiere impedir los maridos que peguen a sus mujeres!

SEÑOR ROBERTO.- Me retracto.

MARTINA.- ¿Qué tenéis vos que ver en esto?

SEÑOR ROBERTO.- Nada.

MARTINA.- ¿Os ha mandado alguien meter aquí la nariz?

SEÑOR ROBERTO.- No

MARTINA.- Ocupaos en vuestros asuntos.

SEÑOR ROBERTO.- No digo una palabra.

MARTINA.- Me gusta que me peguen.

SEÑOR ROBERTO.- De acuerdo.

MARTINA.- No es a costa vuestra.

SEÑOR ROBERTO.- Es cierto.

MARTINA.- Y sois un necio en venir a meteros donde nada tenéis que hacer. (Le da otro bofetón).

SEÑOR ROBERTO.- (Se dirige luego hacia el marido, que le habla de un modo parecido, haciéndole retroceder; le golpea con el mismo palo y le hace huir). Compadre, os pido perdón con toda mi alma; seguid zurrad, pegad como es debido a vuestra mujer; os ayudaré si queréis.

SGANARELLE.- No me place.

SEÑOR ROBERTO.- ¡Ah! Eso es otra cosa.

SGANARELLE.- Quiero pegarla si me da la gana, y no quiero pe-

garla si no se me antoja.

SEÑOR ROBERTO.- Muy bien.

SGANARELLE.-Es mi mujer y no la vuestra.

SEÑOR ROBERTO.- Indudablemente.

SGANARELLE.-No tenéis que mandarme nada.

SEÑOR ROBERTO.- Conforme.

SGANARELLE.-No necesito de vuestra ayuda.

SEÑOR ROBERTO.- Perfectamente.

SGANARELLE.- Y sois un impertinente por meteros en los asuntos ajenos. Sabed que Cicerón dice que entre el árbol y el dedo no hay que poner la corteza. *(Golpea al señor Roberto y lo echa).*

### ESCENA III.

SGANARELLE Y MARTINA.

SGANARELLE.-*(Volviendo hacia su mujer y estrechándole la mano).* ¡Ea!, hagamos las paces nosotros. ¡Chócala!

MARTINA.- ¡Oh, después de haberme pegado así!

SGANARELLE.-Eso no es nada. ¡Choca!

MARTINA.- No quiero.

SGANARELLE.-¿Eh?

MARTINA.- No.

SGANARELLE.- ¡Mujercita mía!

MARTINA.- Nones.

SGANARELLE.-Vamos, te digo.

MARTINA.- No lo haré.

SGANARELLE.-Ven, ven y ven.

MARTINA.- No. Quiero estar furiosa.

SGANARELLE.-¡Bah! Es una bagatela. Vamos, vamos.

MARTINA.- Déjame ya.

SGANARELLE.-Choca, te digo.

MARTINA.- Me has sacudido demasiado.

SGANARELLE.-Pues bien: vaya, te pido perdón; choca la mano.

MARTINA.- Te perdono. *(Bajo, aparte).* Pero me las pagarás.

SGANARELLE.-Eres una loca en preocuparte por esto. Son las cosillas necesarias, de cuando en cuando, en la amistad; y cinco o seis palos entre gentes que se quieren sirven para fortalecer el cariño. ¡Ea!, me voy al bosque, y te prometo hoy más de un ciento de haces.

### ESCENA IV.

MARTINA, sola.

MARTINA.- Anda, aunque ponga esta cara, no olvidaré mi resentimiento, y ardo en deseos de encontrar la manera de castigarte por los golpes que me das. Ya sé que una mujer tiene siempre en sus manos con qué vengarse de un marido; mas ese es un castigo demasiado suave para mi bergante. Quiero una venganza que se deje sentir un poco más, y eso no bastaría para la injuria que he recibido.

ESCENA V.

VALERIO, LUCAS Y MARTINA.

LUCAS.- (A Valerio, sin ver a Martina). ¡Voto a sanes! ¡Va ya encarguito que hemos aceptado! Yo no sé lo que podremos atrapar.

VALERIO.- (A Lucas, sin ver a Martina). ¿Qué quieres mi pobre compadre? Es preciso obedecer a nuestro amo, y además, nos interesa a los dos la salud de su hija, nuestra ama; y, sin duda, su casamiento, aplazado por su dolencia, nos valdrá alguna recompensa. Horacio, que es generoso, pone gran empeño en las pretensiones que pueden tener sobre su persona, y, aunque ella haya mostrado amistad por cierto Leandro, ya sabes que su padre no ha consentido nunca en aceptarle como yerno.

MARTINA.- (Soñando aparte, creyéndose sola). ¿No podré encontrar alguna maquinación para vengarme?

LUCAS.- (A Valerio). Mas ¿qué capricho se le ha metido en la cabeza, puesto que todos los médicos se han afanado en vano?

VALERIO.- (A Lucas). A fuerza de buscar, se encuentra, a veces lo que no se halla al principio, y, con frecuencia, en lugares sencillos.

MARTINA.- (Que sigue creyéndose sola). Sí, tengo que vengarme al precio que sea. Esos palos no se me olvidan, no puedo digerirlos, y... (Tropezando con Valerio y Lucas). ¡Ah señores! Os pido perdón; no os veía, y rebuscaba en mi cabeza algo que me trastorna.

VALERIO.- Cada cual tiene sus cuitas en este mundo, y también nosotros buscamos lo que quisiéramos encontrar.

MARTINA.- ¿Es algo en que puedo ayudaros?

VALERIO.- Pudiera ser; intentamos dar con algún hombre hábil, algún medico particular que pudiese proporcionar cierto alivio a la hija de nuestro amo, atacada de una dolencia que le ha quitado, de pronto, el uso de la lengua. Varios galenos han agotado ya toda su ciencia junto a ella; mas se encuentran, a veces, gentes que poseen secretos admirables, ciertos remedios especiales que logran, con frecuencia, lo que los otros no han conseguido; y esto es lo que buscamos.

MARTINA.- (Bajo, aparte. ¡Ah! ¡Qué admirable ocurrencia me inspira el Cielo para vengarme de mi truhán! (Alto). No podíaishaberos dirigido a nadie mejor para encontrar lo que buscáis; tenemos un hombre, el más maravilloso del mundo, para las enfermedades desesperadas.

VALERIO.- ¿Y dónde podemos verle, por favor?

MARTINA.- Le encontraréis ahora hacia ese lugarcillo de allá, entretenido en cortar leña.

LUCAS.- ¡Un médico cortando leña!

VALERIO.- ¿Queréis decir que se entretiene en coger plantas salutíferas?

MARTINA.- No. Es un hombre extraordinario que se complace en eso, caprichoso, raro, desigual, y al que no tomaríais nunca por lo que es. Va vestido de un modo extravagante, finge a veces ignorancia, mantiene su ciencia guardada y de nada huye tanto a diario como de practicar los maravillosos talentos con que el Cielo le ha dotado para la Medicina.

VALERIO.- Es cosa admirable que todos los grandes hombres tengan siempre alguna ventolera, algún granito de locura mezclado con su ciencia.

MARTINA.- La manía de éste es mayor de lo que puede imaginarse, pues llega, a veces, hasta querer que le zurren para mostrarse conforme con su capacidad; y os aviso que no lo lograréis dominarle, que no dirá nunca que es médico, si se le antoja, como no cojáis cada uno un palo y le obliguéis, a fuerza de golpes, a confesaros, finalmente lo que os ocultará al principio. Así obramos nosotros cuando tenemos necesidad de él.

VALERIO.- ¡Vaya una extraña locura!

MARTINA.- Es cierto; mas, después de eso, ya veréis cómo hace maravillas.

VALERIO.- ¿Y cómo se llama?

MARTINA.- Sganarelle. Pero resulta fácil de reconocer. Es un hombre con una gran barba negra, que tiene un lunar y lleva un traje amarillo y verde.

LUCAS.- ¡Un traje amarillo y verde! ¿Es entonces médico de toros?

VALERIO.- Mas ¿es cierto, realmente, que sea tan hábil como decís?

MARTINA.- ¡Cómo! Es un hombre que hace milagros. Hace seis meses hubo una mujer desahuciada por todos los demás médicos; la daban por muerta hacía ya seis horas y se disponían a enterrarla, cuando trajeron a la fuerza al hombre de que hablamos. La examinó y le puso una gota de no sé qué en la boca y en el mismo instante se levantó ella de la cama y empezó en seguida a pasearse por su aposento, como si no sucediera nada.

LUCAS.- ¡Ah!

VALERIO.- Sería una gota de oro potable.

MARTINA.- Pudiera ser. No hace aún tres semanas que un niño de doce años se cayó desde el campanario y se rompió la

cabeza, los brazos y las piernas contra el empedrado. No bien hubieron traído a nuestro hombre, cuando le frotó todo el cuerpo con cierto unguento que él sabe hacer, y el niño se puso en pie inmediatamente y corrió a jugar a las bolas.

LUCAS.- ¡Ah!

VALERIO.- Ese hombre debe de conocer la medicina universal.

MARTINA.- ¿Quién lo duda?

LUCAS.- ¡Voto a bríos! Es el hombre que necesitamos. Vayamos a buscarlo en seguida.

VALERIO.- Os damos las gracias por la satisfacción que nos dais.

MARTINA.- Mas acordaos bien, al menos, de la advertencia que os he hecho.

LUCAS.- ¡Eh, pardiez! Dejadnos hacer. Si sólo depende de zurrar la presa es nuestra.

VALERIO.- (A Lucas). Hemos tenido mucha suerte con este encuentro, y me hace concebir, por mi parte las mejores esperanzas del mundo.

## ESCENA VI.

SGANARELLE, VALERIO Y LUCAS.

SGANARELLE.- (Cantando dentro). ¡La, la, la!

VALERIO.- Oigo cantar y cortar leña a alguien.

SGANARELLE.- (Entrando en escena con una botella en la mano, sin ver a Valerio ni a Lucas). ¡La, la, la! ... A fe mía ya he trabajado bastante para beber un trago. Tomemos

aliento. *(Después de haber bebido)*. Esta leña pesa más que cien diablos. *(Canta)*.

¡Qué dulce son,  
linda botella  
que dulce son  
el de tu leve borbotón!  
Cuanto envidioso yo tendría  
de estar tu panza siempre llena;  
yo te pregunto, amiga buena;  
"¿Por qué, al final, estás vacía?"

¡Ea, pardiez! No nos pongamos melancólicos.

VALERIO.- *(Bajo, aparte)*. Aquí está nuestro hombre.

LUCAS.- *(Bajo, a Valerio)*. Creo que no os falta razón y que le tenemos delante.

VALERIO.- Veámosle de cerca.

SGANARELLE.- *(Besando su botella)*. ¡Ah, picarona, cómo te amo, corchito mío! *(Canta. Viendo a Valerio y a Lucas, que le examinan, baja la voz)*. Cuánto envidioso tendría yo... de estar... *(Al ver que le examinan desde más cerca)*. ¡Qué diablos! ¿A quién examinan éstos?

VALERIO.- *(A Lucas)*. Es él, con seguridad.

LUCAS.- *(A Valerio)*. Es tal como nos le han pintado. *(Sganarelle deja la botella en el suelo, y, viendo que Valerio se inclina para saludarle, cree que lo hace con intención de cogerla, y la coloca al otro lado; y al hacer Lucas lo mismo, Sganarelle vuelve a coger su botella y la aprieta contra su estómago, con gestos diversos, que constituyen un verdadero juego escénico)*.

SGANARELLE.- *(Aparte)*. Deliberan, mirándome. ¿Qué desearán?

VALERIO.- Señor, ¿no sois vos el llamado Sganarelle?

SGANARELLE.- ¡Eh! ¿Cómo?

VALERIO.- Os pregunto si no sois vos el llamado Sganarelle.

SGANARELLE.- *(Volviéndose hacia Valerio y luego hacia Lucas)*. Sí y no, según lo que queráis.

VALERIO.- No queremos sino rendirle todo género de pleite- -sías.

SGANARELLE.- En tal caso, yo soy el llamado Sganarelle.

VALERIO.- Señor, estamos encantados de veros. Nos han enviado a vos para lo que buscamos, y venimos a implorar vuestra ayuda, que nos es necesaria.

SGANARELLE.- Si es algo, señores, que dependa de mi pequeño negocio, estoy dispuesto a servirlos.

VALERIO.- Señor, nos hacéis demasiada merced; pero, señor, cubríos, si os place; podría molestaros el sol.

LUCAS.- Señor, calaos el chapeo.

SGANARELLE.- *(Aparte)*. Vaya unas gentes más ceremoniosas. *(Se cubre)*.

VALERIO.- Señor, no es extraño que acudamos a vos; las personas hábiles son siempre buscadas, y estamos enterados de vuestro talento.

SGANARELLE.- Es cierto, señores, que soy el primer hombre del mundo arreglando haces.

VALERIO.- ¡Ah señor!

SGANARELLE.- No ahorro esfuerzos, y, los hago de un modo que no hay más allá.

VALERIO.- Señor, no se trata de eso.

SGANARELLE.- Mas también los vendo a ciento diez sueldos la carga de ciento.

VALERIO.- No hablemos de eso, si queréis.

SGANARELLE.- Os prometo que no puedo darlos a menos.

VALERIO.- Señor, estamos enterados de las cosas.

SGANARELLE.- Pues si es así, sabréis que los vendo a eso.

VALERIO.- Señor, es burlarse el ...

SGANARELLE.- Podréis encontrar en otros sitios a menos precio; hay haces de haces; mas con respecto a los que yo hago...

VALERIO.- ¡Eh, señor! Interrumpamos aquí esta conversación.

SGANARELLE.- Os juro que no los tendríais aunque se necesitara el doble.

VALERIO.- ¡Eh, basta!

SGANARELLE.- No; pagaréis eso, en conciencia. Os hablo con sinceridad, y no soy hombre que exagero.

VALERIO.- ¿Es posible, señor, que una persona como vos se divierta en estas groseras simulaciones, se rebaje hablando de este modo? ¿Que un hombre tan sabio, un médico famoso como sois, quiera disfrazarse a los ojos del mundo y tener escondidos los magníficos talentos que posee?

SGANARELLE.- (*Aparte*). Está loco.

VALERIO.- Por favor, caballero, no disimuléis con nosotros.

SGANARELLE.- ¿Cómo?

LUCAS.- Todo ese embrollo no sirve de nada; sabemos lo que sabemos.

SGANARELLE.- ¡Cómo! ¿Qué queréis decir? ¿Por quién me tomáis?

VALERIO.- Por lo que sois: por un gran médico.

SGANARELLE.- Médico lo seréis vos; yo no lo soy en modo alguno, ni lo he sido jamás.

VALERIO.- (*Bajo*). Ya le acomete su locura. (*Alto*). Señor no queráis negar más, y no lleguemos, si os place, a enojarnos extremos.

SGANARELLE.- ¡Pardiez! Llegad a todo lo que queráis; no soy médico, ni sé lo que queréis decirme.

VALERIO.- (*Bajo*). Veo que habrá que emplear el remedio. (*Alto*). Señor os ruego una vez más que confeséis lo que sois.

LUCAS.- ¡Eh, voto a sanes! No deis más la tabarra y confesad lealmente que sois médico.

SGANARELLE.- (*Aparte*). ¡Yo reviento de rabia!

VALERIO.- ¿A qué negar lo que todo el mundo sabe?

LUCAS.- ¿Por qué todas esas zarandajas? ¿De qué os sirve eso?

SGANARELLE.- Señores, en una palabra, igual que en dos mil, os digo que yo no soy médico.

VALERIO.- ¿No sois médico?

SGANARELLE.- No.

LUCAS.- ¿No sois médico?

SGANARELLE.- No.